



Cómo debe ser la obediencia¹

Fr. Humberto de Romanis, O.P.

Para que vuestra obediencia sea agradable a Dios Todopoderoso, procurad que sea pronta, sin dilación; devota sin desdén; voluntaria sin contradicción; sencilla sin discusión; ordenada sin desviación; alegre sin turbación; fuerte sin pusilanimidad; universal sin excepción, y perseverante sin interrupción.

1. Obediencia pronta

Todo buen religioso debe estar de tal manera preparado y disponible que se le encuentre siempre pronto para la obediencia. Por eso, carísimos, debéis ser como el oro dúctil o el mimbre flexible, que se endereza o dobla a gusto del artífice. Debéis ser móviles, como las ruedas que giraban al ímpetu del viento (Ez 1,12); o como jumentos ante Dios (Sal 72,22), sobre cuyos lomos se puede cargar indiferentemente cuanto se quiera; o como sílabas átonas, tan gratas a los versificadores, porque pueden ponerse donde se quiera. El religioso pronto a la obediencia es agradable a Dios y a los hombres, porque no rechaza nada de lo que se le manda. Habéis leído, carísimos, como, llamadas las estrellas, respondieron: "Presentes" (Bar 3,35). Con esa palabra se da claramente a entender que deben fundirse en unidad la voz del que manda y la acción de quien ejecuta lo mandado. Tal fue el caso de aquel monje que, llamado, acudió enseguida, dejando sin terminar la letra que había comenzado, como se lee en las "Vidas de los Padres". Mas hay algunos que, por el contrario, como piedras cuadradas, se mueven con dificultad a la voz de la obediencia. De ellos dijo el Sabio (Ecl 10,9): "El que mueve las piedras, se hiere con ellas". Así acontece que cuando un superior se esfuerza en imponer a ciertos religiosos la obediencia, se siente cansado por el cúmulo de contradicciones que oponen los desobedientes.

Algunos ejemplos deben animarnos a conseguir esa prontitud de obediencia. Pensemos en los marineros. Escuchada una orden, no tardan en obedecer a quien la da. Y nosotros, si se nos manda algo, ¿seremos desobedientes a nuestro superior? ¿No debiera avergonzarnos el hecho de que nuestros empleados, pagados con tan poco precio, están más prestos a obedecer, aún en trabajos pesados, que nosotros a nuestros superiores, nosotros que actuamos por motivaciones espirituales o de vida eterna?

2. Obediencia devota

Además, hermanos, vuestra obediencia debe ser devota. Lo que se nos manda lo debemos aceptar con la misma devoción con que acogeríamos una orden del Señor, pues, en realidad, no es al hombre a quien obedecemos, sino al mismo Dios. Ofrecéis, sin duda alguna, un sacrificio grato al Redentor cuando por Él os sometéis a la voluntad de otros. Ojalá, hermanos, estemos crucificados con Cristo por la obediencia, y así como Él tuvo atados sus miembros con los clavos, así todos vuestros miembros estén sometidos a los mandatos de vuestros superiores. Tenemos la certeza de que todos somos más libres ante Dios cuanto más devotamente nos sometemos por Él.

Con razón esta virtud de la obediencia se antepone al ofrecimiento de víctimas (I Sam 15,22). En la obediencia hacemos el holocausto de nuestra propia voluntad a Dios omnipotente, mientras que en las víctimas se ofrece la vida ajena. En ayunos, vigencias y oraciones pueden igualarnos los seglares, pero nosotros los superamos en la renuncia a la propia voluntad y en la obediencia; y les precederemos juzgándoles con Cristo en el último juicio (Mt 19,28). Por eso hemos de tener especial cuidado en no claudicar ni lo más mínimo en estas dos cualidades.

3. Obediencia voluntaria

Vuestra obediencia sea voluntaria; que no necesite agujón o espuela, sino que se mueva por el silbo amoroso. Muy laudable es la obediencia que observa los preceptos; más laudable la que se atiene a los consejos o admoniciones; y dignísima de toda alabanza la que se conforma al espíritu del superior.

Bien sabéis que algunos religiosos prefieren oír de su superior lo que les agrada que agradar al superior haciendo lo que les manda. Prefieren que el superior les obedezca más bien que obedecerle a él. Estos no

desean imitar al Maestro de las gentes, que dijo: "Señor, ¿quéquieres que haga?" (Hch 9,6); sino más bien al ciego a quien dijo el Señor: "¿Quéquieres que Yo te haga?" (Mc 10,51 y Lc 18,41).

Como se ve claramente, hermanos míos, hay doble modalidad de obediencia: una de necesidad, otra de caridad. Aquella mira a los preceptos, esta obedece a los consejos y advertencias. Aquella está circunscrita a lo necesario, en cambio ésta se dilata con la apertura de la caridad. Aquella, por la coacción, parece de esclavos; ésta, por la libertad de espíritu, es de hijos, y resulta tanto más aceptable y grata cuanto no está sujeta a obligación o leyes.

4. Obediencia sencilla

Vuestra obediencia, hermanos, debe ser también sencilla, de tal modo que, haciendo sin discusión lo mandado, penséis que no tenéis nada vuestro (ni el juzgar lo mandado). Quien juzga la intención del que manda se prepara interiormente para la lucha, pues desde el momento en que discute las causas de lo que se le manda, sin conocerlas, se mete en un complicado laberinto. Ciertamente el bien de la obediencia se hace menos puro cuando uno piensa, con ojos de presunción, que el superior le manda cosas irrationales. El hecho de que el superior os mande, a veces, cosas a vuestro juicio menos útiles no debe moveros a desobediencia, pues, aunque él se equivocara mandando así, vosotros no falláis cumpliendo su mandato, a no ser que os mandara algo contra la ley de Dios. Y si alguna vez aquello que hacéis por obediencia no fuera útil al monasterio, siempre será útil para vosotros el haber obedecido. ¿Para qué sirvió el que cierto monje, regando por obediencia durante bastante tiempo una vara seca, logró que reverdeciera? Solamente para mostrar el valor de la obediencia y el mérito del obediente (S. Jerónimo: "Vidas de los Padres").

La perfección de la obediencia consiste en que uno se haga como tonto en este mundo, no analizando ni juzgando nada de lo que se le manda, sino pensando con toda sencillez y confianza que será útil y prudente cuanto se le ordena. Si de este modo llegamos a despojarnos de nuestro propio espíritu, merecidamente nos veremos llenos del Espíritu divino. Tengamos en cuenta que cuando una criatura obedece sin discusión a su Creador, para que haga de ella cuanto le plazca a su Majestad, se nos da a conocer claramente cómo debemos cumplir con sencillez lo que se nos manda, sin resistir nunca a nuestros superiores con actitudes de desobediencia.

5. Obediencia ordenada

Conviene también que la obediencia sea ordenada, no vaya a suceder que, pervirtiendo el orden, se perversa por lo mismo la obediencia. Pensemos que, así como nuestra razón debe estar sometida al Creador, así la voluntad a la razón, y la sensualidad a la voluntad. Y cuando la sensualidad se resiste a la voluntad, o la voluntad a la razón, o ésta al Creador, hace quiebra en el alma la adecuada jerarquía y necesaria sujeción; por justo juicio de Dios, hallamos resistencia en nuestra parte inferior, mal que nosotros la ofrecemos a nuestros superiores.

El orden de la obediencia, considerada la jerarquía entre superiores, ha de consistir en que se anteponga la sumisión a los mayores más bien que a los menores. Y si ordenasen cosas opuestas, debe obedecerse al de mayor autoridad. Dios, por supuesto, es el Superior Supremo, y ante Él han de despreciarse los mandatos de los hombres, cuando algo se manda contra su voluntad. *"Conviene, dice san Pedro, obedecer a Dios antes que a los hombres"* (Hch 5, 21).

Está claro, por tanto, que nunca se han de hacer cosas malas por obediencia, aunque sí puedan omitirse razonablemente algunas que son buenas. Sabéis, por ejemplo, que la vida contemplativa excede en mucho a la activa; sin embargo, cuando el súbdito, por obediencia, deja aquélla para dedicarse a ésta, lo que allí pierde lo gana en el mérito acumulado al practicar la virtud de la obediencia.

6. Obediencia gozosa

Después de esto, consideremos cómo lo que se nos manda no debemos ejecutarlo con tristeza o por obligación (II Co 9,7). La obediencia gozosa alegra al superior que manda, alivia el trabajo del que obedece y da seguridad de conciencia. Quien obedece con tristeza se parece a Simón el Cirineo que llevó la cruz del Señor a la fuerza (Mt 27,32). El carro sin engrasar rechina bajo la carga, y quien obedece con tristeza manifiesta carecer de la unción del Espíritu Santo; en cambio, toma la cruz contento, como S. Andrés, todo el que acepta el trabajo sin rechazarlo en el corazón y no ofrece contradicción alguna. Hay, ciertamente, algunos que hacen con gusto las cosas, aún las difíciles, porque les agradan; pero hacen con dificultad las otras, aunque sean fáciles, porque están mandadas. No hay duda de que esto se debe a tentación del Enemigo, pues encuentran gravoso aquello en que hay mayor mérito y estiman agradable lo que es menos fructuoso para la salvación.

7. *Obediencia valiente*

Por obediencia debemos emprender no sólo las cosas fáciles sino también las difíciles. La obediencia es preciosa cuando se ejercita en lo que nos agrada, pero no precisamente porque nos agrada sino porque está mandado. Y es más preciosa que el oro y el topacio cuando se obedece en medio de dificultades. En ese caso, aunque la sensualidad a veces proteste, la razón ha de estar pronta, a ejemplo de Jesucristo que, si bien oró pidiendo que pasara de Él aquel cáliz de la pasión, sometió su voluntad a la del Padre (Mt 26,39). En la obediencia, hermanos míos, aumenta el mérito cuando a la dificultad de la obra se une la prontitud de la voluntad.

Cuando por la vida conventual nos incorporamos a la vida religiosa, morimos al mundo, y de alguna manera quedamos sepultados para los afectos terrenos. Por eso mortificamos continuamente nuestras voluntades por el bien de la obediencia, para poder vivir unidos a Aquel que, por obediencia también, derramó su sangre.

Nunca presumáis de oponeros al mandato del superior, diciendo: no podemos o no sabemos. Otros inferiores o iguales a vosotros han realizado por obediencia lo que a la razón humana le parecía imposible. Dios omnípotente da al cuerpo, cuando la voluntad es fervorosa, energías suficientes para realizarlo. Y sabemos que uno de los antiguos Padres, obedeciendo el mandato de los superiores contra toda esperanza, movió una piedra, no por propia fuerza, sino por virtud divina, como leemos en las *"Vidas de los Padres"*.

De donde se puede colegir que la discreción de la obediencia está en que sea un poco indiscreta; de tal modo que se acometan, por mandato de la obediencia, cosas que pueden parecer poco lógicas a la razón humana. Por eso se ha escrito que *"el varón obediente cantará victoria"*, en cuanto que la voluntad, naturalmente inclinada a las cosas fáciles, por obediencia, puede hacer también las difíciles.

8. *Obediencia universal*

Lo que se manda no debemos hacerlo una sola vez sino siempre y en toda su amplitud. Los ociosos y rebeldes dicen en su corazón: *"Vemos que quienes se muestran poco dispuestos a la obediencia viven libres de toda carga y exentos de cualquier oficio; con ellos se tienen muchas deferencias, y se les perdona, mientras que a los bien dispuestos para todo se les carga incesantemente de oficios y trabajos. Añaden: «¿Quién puede soportar todo lo que está mandado?»"*.

Ciertamente si abrimos los ojos del corazón podemos ver con claridad que debemos compadecernos de aquellos por lo que se les dispensa, y gozarnos con éstos porque en nada se dispensan. Lo que se les perdona a los rebeldes debe achacarse a sus vicios, no a su virtud, pues se obra así para no agravar sus heridas, no sea que se rompa la caña cascada (Is 12,3). Es lo mismo que hizo Dios: no mandó dar libelo de repudio, únicamente lo permitió (Mt 19,8).

Alégrese, pues, los que están sobrecargados de trabajos, ya que al multiplicarse las cargas se intensifica también el valor de sus méritos y, por lo mismo, el premio a su fidelidad. Además, se les reduce el ocio, se les disminuye la pena de sus pecados y se les priva de ocasión de tentaciones.

Y es de recordar que, si bien todos los hombres estamos de alguna manera obligados a ciertas formas de obediencia, lo están más los religiosos en virtud del voto. Al padre de familia se le debe obediencia en la buena organización de su casa; a los reyes, en el gobierno de la nación; a los sacerdotes, en la exposición de los divinos preceptos y administración de sacramentos; a los superiores de las Ordens, en la observancia de la disciplina; y al Sumo Prelado, Dios, en la supresión de los pecados y guarda de los mandamientos.

Vosotros, pues, hermanos, que estáis especialmente ligados por la obediencia, sin excepción alguna, debéis seguir el ejemplo del salmista que decía: *"He procedido rectamente conforme a todos tus mandatos"* (Sal 118,126). Y no se aparte de vuestra memoria que quien falla en uno de estos preceptos del Señor pierde el fruto de todas las demás observancias (Sant 2,10).

9. *Obediencia perseverante*

Finalmente, vuestra obediencia debe ser perseverante. Cuando hacéis la profesión os obligáis a obedecer hasta la muerte. Como el final, y no el principio, es lo que da valor a las obras, el que quiera ser coronado eternamente con gozosa felicidad no debe abandonar la obediencia hasta el fin. A quien le guste que la Verdad le pague lo prometido no debe dejar de cumplir nunca lo que prometió. Pues, según la sentencia de Cristo: *"El que perseverare hasta el fin se salvará"* (Mt 10,22).

1.- Extracto de: Fr. Humberto de Romanis, O.P., *Carta a los religiosos sobre los tres votos*, Ed. OPE, Guadalajara, 1984, pp. 36-44. [Fr. Humberto de Romanis (1200-1277) fue el V Maestro General de la Orden de Predicadores]